

llega á su completo desarrollo, sino en la edad viril. El niño no será completamente egoísta, pues en primer lugar no conoce bien las relaciones que tiene con los demás seres, y, por lo mismo, no puede sacrificar á su bien los bienes de los demás; en segundo lugar, su edad rechaza de plano el referido egoísmo y sólo puede tener tal vicio en su forma más rudimentaria. El jóven aunque mejor conoce sus intereses y los de sus semejantes, su edad que lo inclina á la generosidad, le impide el posponer su bienestar á los de aquellos; la edad viril es otra cosa, en ella el hombre tiene ambiciones, ideas exactas de su posición en el mundo, de sus intereses, de la sociedad en que vive; el cálculo frío precede á sus actos, busca más su bienestar que el de sus semejantes y ya por reflexión ó por naturaleza sacrifica despiadadamente á su satisfacción personal el bien de todos los seres que le rodean. Entónces es cuando el egoísmo adquiere en el corazón su mayor desarrollo, y cuando le domina por completo, aunque algunas veces, ó diremos mejor, las más, esta pasión adquiere su mayor grado de potencia en la senectud, edad, sin ilusiones, sin afectos, sin generosidad; de manera que según lo dicho, deberá estudiarse tal pasión con más fruto en la edad viril y en la senectud, que es en donde toma todo su incremento y su fisonomía especial, aunque si se le quiere conocer más de cerca y sin embozo, deberá hacerse el estudio en el niño, en cuyo corazón este vicio se presenta con más franqueza.

En lo que toca al temperamento, puede muy bien caber en todos, aunque por su índole particular pare-

ce más propio del temperamento nervioso que es el que extrema las pasiones. Si se hiciera un estudio especial de los hombres egoístas, aparecerían en mayor número los del mencionado temperamento.

Se pregunta en cuál de los dos sexos hay más egoísmo. La experiencia nos enseña que la mujer por regla general no es egoísta, es naturalmente más generosa que el hombre y esto se explica si se considera que éste vive más de lleno en la esfera social, por consiguiente que tiene más ambiciones, deseos é intereses que la mujer, á quien apenas alcanzan los reflejos de la vida política y civil. Por otra parte, su organismo más delicado, su sistema nervioso más sensible, su imaginación más soñadora, su corazón más afectuoso, agregando á ello su más delicada y especial educación, su manera de sér, sus relaciones sociales, etc., se concluye con que tanto por su naturaleza, como por su posición social, la mujer es ménos egoísta que el hombre.

También se pregunta si los pueblos bárbaros son más egoístas que los civilizados. En lo expuesto más adelante, vimos que la cultura favorece la virtud y combate el vicio, así que partiendo de aquí, desde luego diremos que los primeros son más egoístas que los segundos, así nos lo demuestra la historia. La antigua Roma, fué en demasia egoísta: *homo homini lupus es*, fué su divisa, frase que pinta al Pueblo Rey y con él á casi todos los de la antigüedad; China, Egipto y aún la misma Grecia, conocieron muy á fondo esa dolencia de la humanidad.

El egoísmo es una pasión muy generalizada; qui-

zâ, dice un sabio autor, no existe corazón en donde no impere con más ó ménos poder; sin embargo, hay almas bellas que no se han empañado con las sombras de este feo vicio.

El egoismo se debe combatir. El hombre debe perfeccionarse, pues á eso está llamado en el mundo; además es un deber combatir el mal que es la negación del bien, así que si el hombre quiere cumplir su destino no solo debe combatir el mal con todas sus fuerzas sino apartarse de él, si lo hubiese hecho; esto le prescribe su conciencia, la razón y la religión.

Este vicio es general porque el hombre tiene una fuerte inclinación á amarse á sí mismo y este amor que es legítimo cuando se encierra en sus justos límites se hace egoista cuando se le exalta y exagera; ahora bien, el hombre por miles de causas propende á exagerar ese sentimiento lícito, y de aquí la generalidad de esa pasión que se llama egoismo.

Los medios más acertados que la experiencia señala para combatir con fruto tal vicio, son, la ciencia, que nos ilustra haciéndonos conocer mejor nuestros deberes, la educación, que nos mejora en todo, la religión que nos eleva á Dios y tiene mandamientos para normar nuestros actos, los buenos ejemplos que insensiblemente imitamos, la fortuna que en muchos casos contribuye á nuestro mejoramiento, el cambio de situación del malestar al bienestar; todos son medios con los cuales se puede combatir la referida pasión. Además los moralistas han ideado reglas para curar el vicio ó para prevenirlo, entre ellos, están, por ejem-

plo, el examen de conciencia y lo que Kant, llama Catecismo moral.

72.—La injusticia.—Así como la justicia es origen de muchas virtudes, de la misma manera la injusticia, engendra los siguientes vicios: *Hurto ó robo, violencia en las personas, crueldad con los desgraciados, lenidad con los criminales é ingratitud.*

Hurto ó robo.—Buscando la génesis de este vicio se encuentra en el instinto de acumulación que inclina al hombre á adquirir *bienes exteriores*, los que no son otra cosa que objetos materiales que sirven para la conservación y comodidad de la vida, y los cuales bienes cuando han sido legítimamente adquiridos, constituyen la *propiedad*, que está fundada en el derecho; ahora bien, atacar ese derecho es lo que se llama hurto ó robo.

Este vicio toma diversas formas, más de cualquiera manera es contrario á la ley moral cuyo mandamiento absoluto es: "No hurtarás." El robo se llama *fraude* cuando se engaña acerca de la calidad de lo que se vende; *usura* cuando es interés excesivo de una deuda; *abuso de confianza*, cuando se emplea en provecho propio un *depósito* cualquiera, hecho por confianza; pedir prestado y negarse á satisfacer la deuda, no cumplir con lo estipulado en un contrato, son otras tantas formas del robo.

El robo más que del corazón, es un vicio del espíritu que ignora ó finge ignorar lo sagrado de la propiedad; este vicio solo puede encontrarse en las personas que no tienen el sentimiento de dignidad y honor, y es efecto de la ignorancia, de la mala educación, la

ambición, avaricia, pereza etc.; de manera que según esto, el robo siempre va acompañado de algún otro vicio que constituye su fuerza impulsiva. El odio, la envidia, avaricia y otras pasiones pueden alimentar se de sí mismas, pero el robo no, necesita inevitablemente otra pasión que le anteceda. No se roba por sol o robar.

El hurto es un vicio muy generalizado en los niños, el instinto de posesión bastante desarrollado en ellos, y sobre todo cuando no está educado convenientemente, la ignorancia del respeto que se debe á los bienes ajenos, los vivos deseos que se despiertan en ellos por poseer algo que les agrada, su irreflexión, y otras causas, hacen que el hurto encuentre fácil cabida en sus corazones.

La violencia en las personas,—Es otro vicio producto de la injusticia. La esclavitud, cuyo carácter es transformar al hombre en *cosa*, es una de sus formas. Todo uso de fuerza privada de uno ó muchos individuos contra otros, cualquiera que sea su forma, se le llama *violencia*.

Esta, tiene su origen en muchos casos, en el sentimiento de justicia y en el de venganza. Esas almas que son ó se creen justas porque no están animadas de fuertes pasiones, exageran muchas veces los fines de la justicia y hacen de la pena, que tiene por objeto el restablecimiento del derecho ultrajado, que es la justicia en acción, una venganza que lleva al castigo hasta la crueldad.

El sentimiento de venganza propiamente dicho, también da origen á la crueldad: el vengativo desea con

vehemencia hacer sentir á su ofensor el peso de la justicia hecha por su mano, como conveniente *repre-salia*, y como en realidad es el amor propio ofendido el que inspira so capa de celo por la justicia, resulta que el vengativo aplica la pena, que no tiene derecho á aplicar, llevando el *castigo* hasta la crueldad.

La crueldad suele ser un vicio muy generalizado en los niños; en otra parte hemos visto lo que dice Brussais é este respecto.

Por lo mismo, interesa sobremanera hacer adquirir al niño sentimientos de justicia combatiendo toda tendencia á la crueldad que en él se manifieste.

Ingratitud,—Es uno de los vicios más feos que pueden manchar el corazón humano; por desgracia es muy generalizado, por lo mismo, pocas personas están exentas de él.

Aunque algunos moralistas aseguran que la ingratitud nace de una disposición defectuosa del organismo, del temperamento, ó bien de una perversa inclinación del alma hacia el mal, tal aserto es insostenible, no se puede ser naturalmente ingrato, el corazón tiene sus leyes por las que obra, y el amor también las tiene; por perverso que sea el corazón, por ruin y mezquino que se le considere, en virtud de las mismas leyes que le rigen, tendrá *necesariamente* que sentir afecto hacia quien le ha hecho beneficio y hasta deseo de volver bien por bien; sin embargo; se observa con frecuencia lo contrario. No solo se olvidan los beneficios recibidos sino que se vuelve mal por bien, y es lo más horroroso de la ingratitud, pero esto es debido, en nuestro concepto, á que no se ha educado,

sino muy al contrario se ha viciado esa inclinación que tiene el corazón á ser agradecido; porque observese bien, la ingratitud es propia de los ruines, de los ignorantes ó de los malvados; en los primeros es defecto de la naturaleza, en los segundos, de la escases de luces y en los terceros, es corrupción del corazón.

"Es cosa fácil saber quienes son los ingratos: en camino para la bajeza van los egoistas, los soberbios, los avarientos, los envidiosos; todos los que están corroidos de ruines pasiones. Los ingratos, al revelar por sus acciones innobles los viles sentimientos de que se hallan poseídos, se concitan animadversión general, y se privan de uno de los goces más puros que pueden alcanzarse sobre la tierra, pues son incapaces de la satisfacción que causa el volver con usura el beneficio recibido." (1)

Cuando el alma se penetra bien de su grandeza y dignidad, cuando el corazón ha gustado los encantos que proporcionan los nobles sentimientos. Cuando no se ignoran los deberes que se tienen para con los demás hombres y se han ejercitado convenientemente las nobles facultades del alma en la ley del amor, entonces no aparecerá la ingratitud en el individuo así perfeccionado. Por ésto desde la tierna edad es bueno alimentar en el corazón humano los sentimientos de gratitud.

No negamos que hay almas rebeldes á todo bien, pero son pocas y las que hay son monstruosidades que no destruyen la regla general.

1 Catecismo de moral.

Lenidad.—Es un vicio que se opone á la justicia no porque la perturbe, sino porque la enerva ó la hace odiosa. La mansedumbre degenera en lenidad cuando sufre con paciencia las faltas ó maldades, pues que con tal conducta aumenta la audacia y perversidad de los malvados perjudicando á la sociedad, por cuya seguridad todos debemos vigilar, ó cuando encargados de funciones públicas, relajamos la ley, lastimamos el derecho y la justicia tan sólo por mansedumbre. La lenidad llevada á este grado se convierte en verdadero crimen.

73. — Vicios opuestos á la fortaleza.—La fortaleza, que produce las virtudes que hemos dejado enunciadas, tiene los siguientes vicios que le son opuestos: pusilanimidad, pereza, falsedad, inconstancia, ira y temeridad.

La pusilaminidad.—Es un vicio que tiene su raíz en la desconfianza de sí propio. Como hemos visto más adelante, la desconfianza de sí mismo es natural. Sabemos de una manera instintiva que somos limitados, que estamos afectados de negación y que tenemos muy poco poder, en tal virtud el instinto y la prudencia nos aconsejan fiar poco de nuestras fuerzas, pero esta prudente medida que es una virtud se convierte en vicio cuando se extrema, vicio que nace siempre de la debilidad de carácter.

Los niños de ánimo apocado, por lo general nada hacen bien, sabido es cuanto influye la confianza en sí, para hacer bien las cosas; así que se debe combatir el carácter pusilamine desde temprano é inspirar al niño que lo posea una prudente confianza en sí

mismo, confianza que sin llagar á la presunción no descienda tampoco á la timidez.

Mentira, Hipocresia, Falsedad.—La mentira es una afirmación contraria á la verdad acompañada de la intención de engañar á sus semejantes, tiene su origen en el temor, pues el que miente es porque teme algo, aunque también va acompañada de la malicia.

La mentira es un vicio muy generalizado y casi siempre sirve á algún otro vicio; se junta con el orgullo que se sirve de ella para conseguir sus fines, y con la vanidad que la emplea para alagarse, con el odio á la venganza que disimulan con ella sus siniestros fines; y así con los demás vicios.

Algunos moralistas* han creído que el sér humano miente porque tiene en el espíritu una fatal propensión á la mentira; otros creen que es un vicio del organismo, otros que de la educación que se da á los niños, otros que de las formas sociales: Lombroso el gran criminalista italiano, asegura que la mujer es más mentirosa que el hombre; Marcel Prevort, afirma el aserto de Lombroso con estas palabras «Naturalmente, dice, la mujer, á quien la moral solo exige integridad física, y tiene que defender ese punto á brazo partido, siendo como es más débil que el hombre, se vale de la potente arma del disimulo y de la mentira, única fuerza de su condición frágil;» por lo que se ve que tales sabios juzan que la mentira está en la condición humana.

Lo cierto es que el hombre tiene tendencias é inclinaciones á la verdad, el alma humana busca siempre la verdad y no se siente satisfecha hasta que des-

canza en ella, esta es ley del espíritu humano. «La mentira no es natural al espíritu, comienza con la astucia y el fraude cuando el niño se apercibe de que el lenguaje de los demás no es siempre el eco de la verdad, ya se hable en broma ó en sábio, ve en la mentira el medio de ocultar una falta que ha cometido, evitando, á la vez, la humillación de una confesión y el disgusto de una reprimenda ó de una corrección. La mentira, es, las más veces, el efecto de una mala educación. Los niños consentidos mienten fácilmente por no caer, revelando sus fechorías, de la alta estimación que se les profesa.» (1)

La hipocresia.—Es el hábito vicioso de ocultar el estado del corazón, de hacer creer á nuestros semejantes, por palabras ó actos, que se ama ó se aborrece, que se desea ó se huye de las cosas que no nos inspiran semejantes sentimientos, sino los contrarios. La hipocresia es, por lo tanto, una perpétua mentira en la vida, pero una mentira que se manifiesta ya de un modo directo, ya indirecto, y que toca siempre á las benévolas ó malévolas afecciones del corazón: es el disimulo de lo que sentimos y la exhibición de lo que no sentimos.» (2)

La falsedad.—Es el hábito de fingir aprecio ó amistad á las personas á quienes se teme ó de las cuales se espera obtener cualquier favor. La falsedad consiste siempre en testimonios directos de sentimientos fingidos y no tiene por objeto más que un orden de

1 Mandamientos de la humanidad por Tiberghien.

2 Mandamientos de la Humanidad.

afectos. Es la más despreciable de todas las mentiras, porque es á la vez un acto de disimulo, de egoísmo ó de interés personal y de cobardía.» (1)

Como se vé, tanto la hipocresía como la falsedad; son la mentira bajo distinta forma; no hay duda que los niños se inclinan mucho á la mentira, por lo mismo nunca será excesivo el cuidado que se ponga por el educador para preservarlos de tan mezquino vicio.

La pereza. —Es el hábito vicioso de dejar inactivas é improductivas las fuerzas físicas, intelectuales ó morales que el hombre posee para realizar su bien y cumplir su destino.

La pereza probiene, dice un autor, (2) unas veces de la conciencia de la inutilidad de nuestros esfuerzos ante la grandeza del fin por alcanzar, otras del disgusto del trabajo, en las condiciones en que se ejerce y siempre de nuestra repugnancia á cumplir la tarea que se nos ha asignado en la vida, de la flojedad de nuestro corazón ó del amor inmoderado á nuestro bienestar.

«El origen de la pereza, nos dice un filósofo, (3) se halla en nuestra misma organización, y en el modo con que se ejercen nuestras funciones. En todo acto hay un gasto de fuerza, hay pues, un principio de cansancio, y por consiguiente de sufrimiento. Cuando la pérdida es insignificante, y sólo ha transcurrido el tiempo necesario para desplegar la acción de los órganos ó miembros, no hay sufrimiento todavía, y has-

1 Mandamientos de la Humanidad.

2 Tiberghien.

3 Balmes, Criteris.

ta puede sentirse placer; más bien pronto la pérdida se hace sensible, y el cansancio empieza. Por esta causa no hay perezoso que no emprenda repetidas veces y con gusto, algunos trabajos; y quizás por la misma razón también, los más vivos no son los más laboriosos. La intensidad con que ponen en ejercicio sus fuerzas, debe de excitar en ellos más pronto que en otros, la sensación de cansancio; por cuyo motivo se acostumbrarán más fácilmente á mirar el trabajo con aversión.»

«Como el ejercicio de las facultades intelectuales y morales, prosigue el mismo autor, necesita la concomitancia de ciertas funciones orgánicas, la pereza tiene lugar en los actos del espíritu como en los del cuerpo. No es el espíritu quien se cansa, sino los órganos corporales que le sirven; pero el resultado viene á ser el mismo. Así que hay á veces una pereza de pensar y aun de querer, tan poderosa como la de hacer cualquier trabajo corpóreo. Y es de notar, que estas dos clases de pereza, no siempre son simultáneas, pudiendo existir la una sin la otra. La experiencia atestigua que la fatiga puramente corporal, ó del sistema muscular, no siempre produce postración intelectual y moral; y no es raro estar sumamente fatigado de cuerpo, y sentir muy activas las facultades del espíritu. Al contrario, después de largos é intensos trabajos mentales, á veces se experimenta un verdadero placer en ejercitar las fuerzas físicas, cuando las intelectuales han llegado ya á un estado de completa postración. Estos fenómenos no son difíciles de explicar, si se advierte que las alteraciones del

sistema muscular, distan mucho de guardar proporción con las del sistema nervioso.»

Queriendo probar el autor citado, el origen que ha señalado á la pereza, se explica así: "En prueba de que la pereza es un instinto de precaución contra el sufrimiento que nace del ejercicio de las facultades, se puede observar: 1.º que cuando este ejercicio produce placer, no sólo no hay repugnancia á la acción, sino que hay inclinaciones hácia ella; 2.º que la repugnancia al trabajo es más poderosa ántes de empezarle, porque entónces es necesario un esfuerzo para poner en acción los órganos ó miembros; 3.º que la repugnancia es nula cuando desplegado ya el movimiento, no ha trascurrido aún el tiempo suficiente para hacer sentir el cansancio que nace del quebranto de las fuerzas; 4.º que la repugnancia renace, y se aumenta á medida que éste quebranto se verifica; 5.º que los más vivos adolecen más de éste mal, porque experimentan ántes el sufrimiento; 6.º que los de índole versátil y ligera, suelen tener el mismo defecto, por la sencilla razón de que á más del esfuerzo que exige el trabajo, han menester otro para sujetarse á sí mismos, venciendo su propensión á variar de objeto."

Según lo que acabamos de ver, resulta que para curar el vicio de la pereza, es necesario hacer un llamamiento á la verdad y presentar al niño las ventajas de la laboriosidad y las desventajas de la pereza para la vida práctica. Provocar la excitación de las fuerzas morales hablando á la conciencia, al deber, á la dignidad y al honor, y por último, procurar hacer

el trabajo agradable de tal manera, que más bien cause placer que repugnancia, así como sin recargarlo en demacia.

Inconstancia.—Digamos con el autor ántes citado: "La inconstancia que en apariencia no es más que un exceso de actividad, pues que nos lleva continuamente á ocuparnos de cosas diferentes, no es más que la pereza bajo un velo hipócrita. El inconstante, sustituye un trabajo á otro, porque así evita la molestia que experimenta con la necesidad de sujetar su atención y acción á un objeto determinado. Así es que todos los perezosos, suelen ser grandes proyectistas; porque el excogitar proyectos, es cosa que ofrece campo á vastas divagaciones, que no exigen esfuerzo para sujetar el espíritu; también suelen ser amigos de emprender muchas cosas, sucesiva ó simultáneamente, siempre con el bien entendi lo de no llevar á cabo ninguna."

Tal es la naturaleza y origen de la inconstancia.

Ira, Temeridad.—Aunque estos dos vicios parecen no ser contrarios á la fortaleza, puesto que desplagan fuerza y energía; si lo son en verdad, pues que hay sin duda debilidad en dejarse arrastrar por sentimientos ciegos y brutales. "Si la ira, se lee en un libro de moral, da al que se deja apoderar de ella el aspecto de loco, el temerario parece más un animal rabioso que una criatura racional. En esta apariencia de fuerza, hay una debilidad verdadera, y es la mental."

La ira y la temeridad, se combaten ejercitando el ánimo en la paciencia y acostumbrando al espíritu, siempre á estar sobre sí mismo.

74.—Vicios contrarios á la piedad.—Son la *incredulidad*, que es la negación de toda creencia, la que produce la *indiferencia religiosa*, ó disposición del ánimo á no dar importancia á los asuntos religiosos; *inmoralidad*, acto ó hábito de hacer el mal; la *superstición*, ó falsa creencia acerca de la Divinidad ó respecto del modo con que obra; la *intolerancia* ó falta de indulgencia para las creencias ajenas.

Incredulidad. Indiferencia religiosa.—Tienen su origen en la ignorancia ú olvido de las relaciones que unen á la criatura con el Creador. Las engendra el orgullo y la ingratitud, y sólo pueden existir en un espíritu perturbado; en un corazón corrompido ó en un carácter indolente, pues en muchos casos la incredulidad é indiferencia religiosa, son efecto de la pereza del espíritu.

El niño es eminentemente religioso porque cree, y no ha tenido tiempo ni suficiente razón para dudar.

El hombre tiene poderosas inclinaciones á creer. "Es un animal religioso," ha dicho un filósofo, de aquí que si está en su misma naturaleza el creer, al institutor no toca otra cosa que fomentar tales instintos, conservando siempre el espíritu religioso en sus discípulos y en la escuela una atmósfera de religión.

Superstición. Intolerancia.—Estos son vicios que no atacan al niño, por lo mismo no nos ocuparemos en el análisis de ellos.

Insertaremos á continuación el siguiente cuadro sinóptico de las principales virtudes y vicios, cuadro que encontramos en un libro de moral.

Cuadro sinóptico de las virtudes y de los vicios.

CARIDAD, que produce

La humildad.—La Beneficencia.—La Benignidad.
La Misericordia.

VICIOS QUE LE SON OPUESTOS:

<i>Egoísmo</i> , que produce	<i>Vanidad</i> , que produce
Envidia.	Lujo.
Soberbia.—Ambición.	Prodigalidad.
Avaricia.—Gula.—Lujuria.	Munificencia.

JUSTICIA, que produce

El orden público y particular.—La gratitud.

VICIOS QUE LE SON OPUESTOS:

Hurto y Robo.—Violencia en las personas.—Crueldad.
Lenidad.—Ingratitud.

FORTALEZA, que produce

La Constancia.—La Paciencia.—La Templanza.
La Castidad.

La Sinceridad.—La Fidelidad.—La Prudencia.

VICIOS QUE LE SON OPUESTOS:

Pusilanimidad.—Pereza.—Falsedad.—Inconstancia.
Ira.—Temeridad.

PIEDAD, que produce

La Fe.—La Tolerancia.—La Resignación.

VICIOS QUE LE SON OPUESTOS:

Indiferencia Religiosa.—Inmoralidad.—Fanatismo.
Hipocrecía.—Intolerancia.

75.—Los caracteres.—Las pasiones que acabamos de analizar, se mezclan y combinan de diversas maneras en el individuo, agregándose los usos y las costumbres, las actitudes y los temperamentos. A este conjunto que caracteriza la manera de ser de cada individuo y le da una fisonomía particular distinta de la de los demás, es á lo que se llama carácter.

Siendo tantas las combinaciones que resultan de la mezcla de las pasiones, usos y hábitos, tenemos que los caracteres que de ella nacen serán muchos, y en efecto, hay tantos caracteres como fisonomías; por esto es muy difícil clasificarlos metódicamente, sin embargo, Teofraсто y La Bruyère intentaron tal clasificación, pero ni uno ni otro lograron reducirlos; á sistema de aquí que sus obras sobre esta materia carezcan de fundamento científico, y sólo se aprecien como obras literarias resultado de la observación y la experiencia.

Bacón, más acertado, buscó la clasificación de los caracteres en la analogía que existe entre éstos y los temperamentos. Kant, desarrolló tal idea y formuló una teoría de los caracteres, basándola en el concepto de Bacón; y al efecto, admite la antigua teoría fisiológica de los temperamentos, distinguiéndolos desde luego en dos clases; los de sentimiento y los de actividad en cada una de estas clases admite dos grados ó tonos diferentes: la exaltación ó la remisión.

De aquí, cuatro temperamentos bien distintos; el *sanguíneo*, en el que predomina la sangre; el *nervioso* ó *melancólico*, en el que predomina el sistema nervioso; (los dos pertenecen al sentimiento) el *colérico* ó

bilioso, en el que predomina la bilis; y por último, el *flemático*, en el que predomina la linfa, (estos pertenecen á la actividad) Kant los describe de la manera siguiente:

“El *sanguíneo* se da á conocer por estos caracteres: no pasa cuidados y se abandona fácilmente á la esperanza; al pronto da á cada cosa mucha importancia y después no piensa más en ella. Hace promesas magníficas, pero no cumple su palabra, porque cuando promete no reflexiona si podrá cumplir. Se halla dispuesto á socorrer; pero es un mal deudor que siempre está pidiendo plazos. Es un buen compañero, alegre, de buen humor, que no atribuye gran importancia á ninguna cosa y que prodiga su amistad á todo el mundo. Por lo general no es un mal hombre, pero sí un pecador difícil de convertir, que se arrepentirá mucho sin que este arrepentimiento sea jamás una *pena*, ni dure largo tiempo. El trabajo le cansa, y sin embargo, siempre anda ocupado, pero en cosas fútiles y diversas, en razón á que no conoce la constancia.

El *melancólico* atribuye la mayor importancia á todo cuanto toca. En todas partes tropieza con motivos de cuidado y al pronto no ve más que las dificultades; como el sanguíneo, comienza por la esperanza del buen éxito. El melancólico piensa profundamente y el sanguíneo superficialmente. El primero promete con dificultad porque quiere estar seguro de cumplir su palabra; y desconfía y se atormenta por cosas que nada interesan al sanguíneo jovial; y es poco *filantrópico*, por la razón de que se priva de los goces y no puede desearlos para sus semejantes.

El *colérico* se enciende y se consume rápidamente como la paja; se calma pronto con la sumisión, y entonces se muestra irritado sin aborrecer y hasta cobra cariño al que le ha cedido fácilmente. Su actividad es pronta, pero sin duración, siempre hace algo; pero no es asiduo.

Su pasión dominante es la de los honores, se complace en tratar de los asuntos públicos y le gustan las alabanzas: está por el aparato y la pompa de las formas. Muy gustoso ofrece su protección y parece generoso; pero no es por cariño, sino por orgullo, pues se ama más á sí mismo que á todo el mundo. Tiene grande afición al lucro, es cortesano, pero con ceremonia, muy tieso en sociedad y acoge con placer á algún adulador que le acompaña: en suma, el temperamento colérico es el menos feliz de todos, porque es el que encuentra más oposición.

El *flemático*; flema significa ausencia de emociones. El hombre flemático, que debe cierta dosis de razón á la naturaleza, se asemeja al hombre que se guía por principios, aun cuando no deba ese carácter más que al instinto. Su feliz temperamento le hace el oficio de sabiduría, y así sucede que en la vida ordinaria le suelen llamar filósofo. A veces también le tratan de astuto porque los proyectiles que le arrojan resbalan sobre él como sobre sacos de lana. Es un marido soportable y sabe dominar á la mujer y á los criados mientras parece que hace la voluntad de todo el mundo, porque gracias á su inflexible pero razonada voluntad, consigue poner la de ellos de acuerdo con la suya."

Hasta aquí Kant, pero el filósofo presenta tipos abstractos para todas las edades, y sabido es cuánto influyen éstas sobre el carácter y los temperamentos; en tal virtud, tratándose de una obra de educación como la presente, que tiene por fin principal la cultura y perfeccionamiento del niño, presentaremos los caracteres con que se manifiesta cada temperamento en la infancia, advirtiéndole que tal estudio, fruto de la observación y la experiencia, se ha de encontrar por fuerza deficiente, puesto que carece de base científica sobre que descansa.

El estudio de los caracteres es de importancia para el educador, pues que conociendo éstos, fácil le será el dirigirlos.

Hemos visto que hay cuatro temperamentos; Kant, afirma que estas cuatro clases de temperamentos se encuentran *simples* en la naturaleza, es decir, sin que se mezclen unos con otros; siendo que la experiencia diaria demuestra lo contrario. Ninguno de estos temperamentos se encuentran *simples* de un modo absoluto, sino que siempre se mezclan y combinan por lo general dos de ellos, aunque algunas veces tres, formando los temperamentos *compuestos*.

Para denominar los temperamentos compuestos, se atiende á los elementos componentes; nombrando primero aquel que domina más.

76.—Temperamentos:—*Simples*: Linfático, Sanguíneo, Bilioso, Nervioso.—*Compuestos*: Linfático-Sanguíneo ó Sanguíneo-linfático.—Sanguíneo-bilioso ó bilioso-sanguíneo.—Sanguíneo-nervioso ó nervioso-sanguíneo.—Bilioso-nervioso ó nervioso-bilioso.